

Ruego a mis biógrafos del diario «Arriba» que anoten que esta semana he pasado unos días en Salamanca. El lector se preguntará a qué viene principiar yo con esta alusión mi crónica. Pero es que algunos columnistas de dicho periódico, del que alguien decía que «siempre parece estar enfadado», se ocupan de mí más asiduamente de lo que podrían hacerme esperar mis merecimientos. He estado, pues, unos días en Salamanca y he perdido, con mi ausencia de Madrid, la posibilidad de enterarme de algunas cosas interesantes; por ejemplo, la de si existe o no una «nueva novela española», cosa que al parecer quedó clara en una cena ofrecida por el editor Carlos Barral a los críticos y periodistas madrileños. O, en otro orden de cosas, he perdido la ocasión de enterarme (todos los días se aprende algo nuevo) de que «el pueblo es el protagonista directo y personal de la política y del periodismo; el pueblo es, en definitiva, quien tiene en sus manos las riendas que rigen los periódicos y la política, que es, según he podido leer en la prensa, la conclusión a que llegó el comentarista político del diario «Ya», don Luis Aposúa, en su conferencia del «Club Pueblo».

A todas esas horas estaba yo en Salamanca sin otro ánimo que el de dar un paseo por las obras de arte que la ciudad atesora, como no fuera el muy inconcreto de consolarme un poquito, con la contemplación del espléndido pasado, de la lobreguez de nuestro presente. No había ido a Salamanca en misión alguna de «enviado especial» a descubrir algún oscuro tejemaneje de las fuerzas vivas o algún atentado urbanístico. No había ido tampoco a hacerle una entrevista al señor Esperabé de Artega, pese al interés que en estos días tiene lo que él pueda decir. Ni había ido tampoco a recoger opiniones respecto de si debe o no irrigarse la vecina comarca de La Armuña, que es el problema que ahora está candente en la prensa salmantina. Había ido, sencillamente, a dar un paseo y, como no tenía ocasión de estudiar la sociología de la ciudad, me conformaba con el diagnóstico de Unamuno, el cual, con su desdén por lo que él llama «la cuernocracia», solía decir que Salamanca está dominada por «una ganadería de ganaderos».

No hay en el mundo nada tan detestable como el papel del turista que se siente obligado a visitar todos y cada uno de los monumentos de la ciudad donde se encuentra solamente para compensar el gasto del viaje, aunque su exhaustivo recorrido le resulte absolutamente tedioso. Es bonito, en una ciudad, deambular sin rumbo de una parte a otra, detenerse en una iglesia o un museo y dejar siempre algún monumento de los importantes, de los que vienen en la guía en letras grandes, por visitar, esperando volver a la ciudad algún día. La avaricia turística se suele pagar con el olvido de lo que se ha visto. Yo solía decir siempre que conocía Salamanca, y en esta ocasión me he dado cuenta de lo mucho que en ella me quedaba, y me queda, por ver. Quizá esto se deba a no haber sido acompañado por el profesor Lainez Alcalá, de quién dicen que ha sido el mejor «cicerone» que la ciudad ha tenido nunca. En este viaje dejé por ver, entre otros monumentos importantes, el convento de las Dueñas. Pero no fue por mi voluntad. Llamé tres o cuatro veces a la pequeña puerta de la entrada de visitantes y no me respondió nadie. Un amigo que me acompañaba fue a conferenciar con la monja o, mejor dicho, con la vocellita de la monja que atiende al otro lado del torno. Le dijeron que el edificio estaba en obras y la priora había decidido que solamente se enseñara los domingos y festivos por la mañana. El día anterior había sido Día de Difuntos, y nosotros intentamos entrar en el convento. Así se lo dijo mi amigo, pero la voz del torno dijo, con litúrgico reproche: «¡Por Dios!



## UN PASEO POR SALAMANCA

el Día de Difuntos no es festivo. ¿Cómo va a ser festivo si es el Día de Difuntos?». El convento de las Dueñas ha venido siendo muy inaccesible para los hijos del siglo. Mi amigo el fotógrafo José Núñez Larraz me contó que, en una ocasión en que quiso fotografiar el prodigioso claustro plateresco de las Dueñas, le hicieron presentar una carta exponiendo el motivo de su visita. Y, antes de abrirle la puerta, la vocellita del torno le hizo jurar que era la fotografía, y no otro oculto propósito, lo que le llevaba a solicitar la entrada.

La frustración de las Dueñas la compensé con creces en el convento de San Esteban, de los padres dominicos. ¡Qué prodigioso conjunto! La maravillosa portada, el claustro, el panteón de teólogos (uno de ellos, fray Domingo de Soto, está enterrado al pie de la gran escalinata que lleva su nombre, bajo el primer peldaño) y, luego, la luminosa iglesia con el retablo de José Churriguera. ¿Por qué tiene tan mal cartel entre nosotros el churriguerismo? ¿Será tal vez culpa de los imitadores? Los miembros de esta ilustre familia de arquitectos (José, Alberto, Joaquín, José de Lara Churriguera) han dejado, sobre todo en Salamanca, muestras incomparables de su arte, un arte de apasionado equilibrio, de imaginativa armonía. Recuérdese la Plaza Mayor, la cúpula de la catedral nueva, el interior de la deliciosa Iglesia de la Vera Cruz, o la gran sala de la biblioteca de la Universidad.

La Vera Cruz se encuentra en uno de los rincones más recoletos y, casi estoy por decir, más misteriosos de la ciudad. A su lado está el convento de las Ursulas, donde se encuentra la tumba del cardenal Alonso de Fonseca, obra de Diego de Siloé. Al fondo de la umbría calle se abre una placita donde está la Casa de las Muertes, de preciosa fachada plateresca. Debe su nombre esta casa a las calaveras o «muertes» esculpidas bajo las plastrillas de las ventanas. O tal vez a las numerosas leyendas de muertes y asesinatos que se suponen sucedidos en la casa. Julián Álvarez Villar, en su estudio sobre la Casa de las Muertes, narra algunas de esas leyendas y da cuenta de interesantes datos históricos. Mencionaré una de las leyendas por su interés literario. Es el caso de doña Elvira, una virtuosa dama, que al ser amenazada de rapto por el impulsivo don Diego recurre a una estrategia que hoy emplean algunas veces los gobiernos prudentes cuando se ven ante problemas insolubles. Llegó el galán a la casa decidido a raptar a doña Elvira, y entonces ella, sin perder la serenidad, se tiende en el suelo entre cuatro candelabros, cubre su cara con un velo, toma entre sus manos un crucifijo y se finge muerta, de modo que don Diego se

arrepiante y entra en religión para el resto de sus días.

Junto a la Casa de las Muertes está la casa donde vivió y murió Miguel de Unamuno. En el centro de la placita puede verse su estatua, obra de Pablo Serrano. Es emocionante comprobar el recuerdo que la ciudad guarda de Unamuno. Un amigo mío preguntó en una ocasión a un viandante, señalando el palacio de Anaya: «Por favor, ¿sabe usted si se encuentra aquí la estatua de Unamuno de Victorio Macho?». Y el abordado le corrigió: «Querrá usted decir de don Miguel de Unamuno». La biblioteca de don Miguel y algunos objetos que fueron suyos se guardan en el antiguo edificio del rectorado, en la calle de Libreros, junto a la Universidad. Tan vivo como el del rector de Salamanca está el recuerdo de Fray Luis de León. Su estatua se levanta en el centro del Patio de Escuelas. Ninguna visita en Salamanca tan emotiva como la que se hace al aula donde enseñó Fray Luis. Pasaría uno horas estudiando las inscripciones de los sobrios bancos de madera —que indudablemente fueron un lujo para su época, porque los estudiantes solían asistir a las clases sentados en el suelo— que mandó instalar Francisco de Vitoria. Aquí están las inscripciones de Garcilaso. O el corazón que dibujó Francisco de Quevedo. Y luego el púlpito desde el que el gran poeta resumió con su «Decíamos ayer» los cinco años de prisión a que le redujo el represivo «establishment» de su época.

En las Escuelas Menores, el conserje, que actuaba de guía, parecía tener tal apego a las obras de arte allí encerradas —el precioso patio de arcos quebrados, el «cielo de Salamanca», de Francisco Gallegos, cuyo salvado fragmento se conserva en la bóveda de una de las salas—, que hablaba de todo aquello como si fuera suyo. En una de las paredes había una colección de cuadros de influencia flamenca, y él decía: «Estos los fuimos a comprar a Terradillos, un pueblecito cerca de aquí. Nos pidieron cuatrocientas mil pesetas por ellos. Y el año pasado me daban un millón por estos tres». Era admirable el entusiasmo que ponía en su oficio. El mismo había construido en el centro del jardín un a modo de túmulo aprovechando piedras esculpidas que estaban en el recinto. Dice que el señor Camón Aznar le había felicitado por la idea. Era un conserje que estaba fuerte en latines, por que, al despedirme, me dijo una frase que resumía la gloriosa historia universitaria de Salamanca: «Vienen aquí los forasteros y nos dicen: "Omnium Scientiarum Princeps Salmantica docet", o lo que vertido a buen castellano significa: "Salamanca es la primera en la enseñanza de todas las ciencias" —se detenía un momento y añadía—: Nos dicen eso para que les enseñemos nuestra ciencia. Pero nosotros les contestamos: "¡Ah, amigo, quod natura non dat Salmantica non prestat!"».

¿Qué otras cosas vi? ¿Qué me quedó por ver? Apenas si tuve tiempo para asomarme a las catedrales. Y luego, el colegio de Nobles Irlandeses, el palacio de Monterrey, el palacio de la Salina, que, según se dice, el arzobispo Fonseca mandó construir para su amante, adornándolo con atormantadas estatuas que en las gárgolas y en los capiteles representan a sus enemigos. Y tantas otras cosas. Todo ello, en esa piedra dorada que, según los expertos, se formó en una parte del valle del Tormes, próxima a la capital, por la sedimentación de las arcillas y los óxidos de hierro que fueron sedimentándose con geológica paciencia durante miles de años. Y, finalmente, la Plaza Mayor, ¿la más bonita del mundo?

(Aún tengo que ir a ver la fachada de la Universidad cuando el sol de la tarde la hace vibrar en mil destellos, como si todavía estuviera viva.) ■ LUIS CARANDELL.